

VI DOMINGO ORDINARIO B/2009

Nuestro Dios es misericordioso, compasivo y justo. Por Él, no hay diferencia entre el rico y el pobre, el sano y el enfermo. Cada una de sus criaturas es importante para Él y ayuda a cualquiera según sus necesidades. Esto es de lo que las lecturas de hoy nos hablan en este domingo.

La primera lectura describe una de las enfermedades más terribles de aquel tiempo, es decir la lepra, y su consecuencia en la vida del enfermo. De hecho, en la antigüedad la gente creía que la enfermedad era una consecuencia del pecado y, por lo tanto, un castigo de Dios. Con tal modo de pensar, cuando alguien tenía la lepra, su situación social era peor que se pudiera imaginar. Más que con cualquier otra enfermedad, el destino de un leproso era realmente duro.

Como es descrito en la primera lectura, el leproso fue desterrado de la sociedad y mandado a vivir en un lugar separado, fuera de la ciudad. Como la lepra era contagiosa, el leproso era considerado como una persona impura y prohibida de encontrar a los demás en la oración o en cualquier otra actividad hasta que se sanara.

Al considerar tal circunstancia tan particular, el leproso no tuvo que aguantar sólo el dolor físico de su enfermedad, sino también tuvo que aguantar la angustia mental de ser completamente desterrado y rechazado de la sociedad humana.

Todo esto nos ayuda a entender mejor la reacción de Jesús en el Evangelio de hoy. Al dar la bienvenida al leproso, Jesús muestra que no excluye a nadie. Al tocar el leproso, Jesús le ofrece la sanación que había buscado durante muchos años y sin la cual él habría permanecido para siempre un paria en la sociedad.

Al curar a esta persona excluida de la sociedad que tenía la lepra, Jesús nos enseña que con Él una nueva época ha venido, donde Dios toma sobre sí mismo el sufrimiento de su pueblo, y donde no hay nadie excluido ante Dios debido a su situación física o mental. Como su Padre en el cielo es compasivo hacia sus criaturas, Jesús tiene compasión del leproso y quiere eliminar su situación miserable. Con la sanación del leproso, Jesús nos desafía para que nosotros lo imitemos en seguir su ejemplo de misericordia hacia nuestros hermanos.

Al curar al leproso y al mandarlo a ver al sacerdote, Jesús destruye el muro que divide a la gente. Aquellos que excluyen a otros de su círculo de la vida están preocupados solamente con el aspecto externo de estas personas como por ejemplo su enfermedad, el color de su piel o su origen. Pero Dios mira el corazón, lo que es invisible a los ojos y que no aparece a primera vista. La peor enfermedad que alguien puede tener no es física, sino espiritual. El pecado es más destructivo que la enfermedad humana, porque si alguien pierde su vida eterna, no hay nada más que él puede hacer para salvarse.

Por eso, la purificación física del leproso que Jesús realiza nos trae a la sanación interior que reconcilia a alguien con su Dios. Más que nuestro aspecto sano, nosotros no debemos olvidarnos que necesitamos reconciliarnos con nuestro Dios a través del sacramento de confesión, porque estamos espiritualmente enfermos.

Al curar al leproso, Jesús establece su dignidad como un ser humano y como un hijo de Dios que tiene los mismos derechos como cualquiera. Independientemente de lo que

podría ser nuestro estado mental o físico, ser humano es ser humano. Este punto es crucial y nos invita a respetar a alguien que es físicamente o mentalmente disminuido debido a la enfermedad, como los minusválidos, los paralizados, las personas mayores, etc. No sólo somos una sociedad o una comunidad de sanos, sino también tenemos los enfermos, las personas mayores, y los débiles.

Nosotros quienes estamos en buenas condiciones tenemos que sentir cariño por estas personas. Tenemos que prestarles atención, ser pacientes con ellos y aceptarlos a pesar de su condición desafortunada. Estas personas nos recuerdan que nosotros quienes estamos sanos, tenemos la suerte de estar en buenas condiciones; y por eso tenemos que agradecer a Dios. Pero, ellos nos recuerdan también de la vulnerabilidad de la condición humana. ¿Quizás hoy estamos en buenas condiciones y todo está bien con nosotros, pero quién sabe qué puede pasar mañana?

Al curar al leproso y al enviarlo para ver al sacerdote, Jesús reconoce la importancia de la estructura religiosa establecida. Aquella estructura religiosa hoy es la Iglesia. La Iglesia es el espacio donde venimos juntos como el pueblo de Dios para adorar y alabar al Señor mientras recibimos su bendición a través de su palabra y la recepción de los sacramentos. Es desafortunado que algunas personas piensen que está bien quedarse en casa y orar allí en su cuarto sin juntarse con sus hermanos en la Iglesia. Ellos olvidan que cualquier aislamiento tendrá fin de debilitar su fe.

Otro punto que tengo que decir es que al mandar a este leproso para ver al sacerdote, Jesús obedece la ley y quiere que él igualmente la obedezca. No cabe duda de que, como Dios, Jesús está encima de cualquier ley. Y aún, él la obedece y quiere que nosotros hagamos lo mismo. Lo que Jesús quiere decirnos es que nuestra libertad como cristianos no debería de ser una especie de libertinaje con el fin de ser una ocasión de escándalo para nuestros semejantes. Es exactamente lo que San Pablo dice en la segunda lectura.

La libertad cristiana es la capacidad y la posibilidad de servir a nuestros hermanos y hermanas para la gloria de Dios. Como cristianos, deberíamos de buscar la gloria de Dios, siempre actuando con las mejores intenciones. Quiero terminar con estas palabras de San Basil: “cuando usted se sienta para comer, ore. Cuando usted come el pan, agradezca a Dios quien es tan generoso con usted. Si usted bebe el vino, sea consciente de él que se lo ha dado para su placer y como un alivio en la enfermedad. Cuando usted se viste, agradézcalo por su bondad en proveer la ropa”. ¡Qué Dios los bendiga a todos en su compasión y misericordia!

Levítico 13, 1-2, 44-46; 1 Corintios 10, 31-11, 1; Marcos 1, 40-45



Fecha de Homilía: 15 febrero, 2009
© 2009 Dr. Felicien Ilunga Mbala
Póngase en contacto: www.mbala.org
Nombre de Documento 20090215homilia.pdf